

¿Hacia dónde va la intelectualidad latinoamericana?

Juan Guillermo Gómez García

La intelectualidad latinoamericana nace, a finales del periodo colonial, estrechamente vinculada a los procesos de la emancipación política y cultural. Las últimas décadas del siglo XVIII, pero sobre todo las primeras del siglo XIX, que hacen eco a los sucesos de la Revolución Francesa, ofrecen un espacio excepcional para el surgimiento de la opinión pública. La prensa se hace receptáculo privilegiado de esta incontenible corriente. La libertad de imprenta, que consagra la Constitución de Cádiz de 1812, tiene sus inmediatas repercusiones en las colonias españolas. Heredero de alguna tradición intelectual peninsular, pero primer periodista en sentido moderno, fue José Joaquín Fernández de Lizardi; su periódico *El Pensador Mexicano* se puede tomar como paradigma de un desarrollo que va a tener innumerables seguidores e imitadores. La paternidad es en este caso una simple indicación del nacimiento de un tipo social de hombre de letras que se responsabiliza, ante un público emergente, de

los asuntos esenciales del desarrollo de la vida nacional.

Formando una élite especialmente activa, la intelectualidad latinoamericana combatió y definió casi todos los temas decisivos de las primeras décadas de las repúblicas nacientes; leyó apasionada y desordenadamente, formó círculos literarios, ensayó su expresión escrita. Fue una intelectualidad combativa: afrontó la prisión y el exilio. El problema central fue desespañolizarse. Su enemigo fue el caudillismo. Pretendió asimilar las culturas inglesa, francesa, italiana, norteamericana; más tímidamente, la alemana. Muchos de sus miembros —escritores-periodistas— ocuparon cargos públicos: fueron presidentes, ministros, parlamentarios, generales, diplomáticos. Los nombres de Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento (escribe el ensayo más penetrante de su época, *Facundo*, 1845), Esteban Echeverría, Juan Montalvo, Ignacio Manuel Altamirano, Jorge Isaacs, Manuel González Prada produjeron las obras y llenaron las páginas más significativas de este ciclo auroral liberal.

También participaron mujeres como Flora Tristán o, más tarde, Teresa de la Parra, pero fueron pocas las voces indígenas como la de Ignacio Manuel Altamirano. Hubo también conservadores

recalcitrantes como Lucas Alamán o Miguel Antonio Caro. A la historia de la formación del intelectual en este siglo están vinculados los orígenes del ensayo como género, pues en estas décadas el ensayo

es una expresión de la conciencia de la función social de la inteligencia por

su fuerza subjetiva, por la renuncia al trato tradicional de los temas, por la imaginación expresiva, por la función pedagógica innovadora.

El fin de siglo, la época que se llama Modernismo y que encuentra en el libro *Azul* (1888) de Rubén Darío su partida de bautismo, abre nuevos horizontes. El artista experimenta una de las consecuencias del desarrollo de la sociedad burguesa, a saber, su marginación. Esta marginación hace de la bohemia su morada

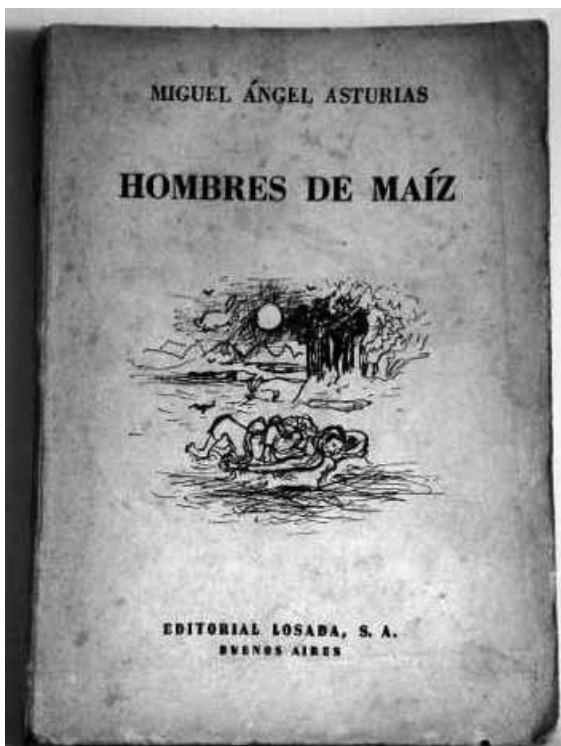


Baldomero Sanín Cano, tomada de www.haroldalvaradotenario.com

privilegiada y determina la creciente profesionalización del escritor. Rubén Darío, José Asunción Silva, Julio Herrera y Reissig y José Martí son, entre otros, los poetas más reconocidos, desde México hasta Argentina. La influencia de la poesía francesa, de Charles Baudelaire

a Stéphane Mallarmé, rinde frutos muy

provechosos. Nace paralelamente también el realismo narrativo en Tomás Carrasquilla, Federico Gamboa o Roberto J. Payro. Se experimenta, consecuentemente, una reacción de la intelectualidad española que siente haber perdido terreno frente a Hispanoamérica y trata de recuperarlo: Juan Valera o Miguel de Unamuno quieren imponerse como jueces de lo castizo en América y la Real Academia logra su cosecha en Miguel Antonio Caro y Rufino José Cuervo. Este último emprende la ofensiva pro-castellana y castiza más notable —y,



paradójicamente, tal vez la más esterilizadora— para tratar de salvar nuestra lengua de la influencia extranjera. Estas vanas alarmas solo despiertan una indulgente ironía en el más destacado pensador antioqueño de la historia, Baldomero Sanín Cano, el primer ensayista colombiano con aliento cosmopolita, consciente de las tareas de la intelectualidad en el siglo XX y, quizá por eso mismo, el más olvidado de los grandes intelectuales colombianos. Baldomero fue, baste agregar, redactor durante décadas de la página internacional de *La Nación* de Buenos Aires, el periódico más importante de la lengua española, en el momento.

Los años veinte y treinta del siglo XX van a ser de agitaciones sociales sin precedentes. Las ciudades se masifican y con ellas surge un

público de clase media que pide lecturas diversas, útiles y prácticas. Se trata de la época del Manifiesto de Córdoba y del anti-yankismo —representados por el partido Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) del Perú, por Julio Antonio Mella de Cuba o por Augusto César Sandino de Nicaragua—, pero también de la lectura de entretenimiento y de los inicios de la industrialización de la novela. Cambian las técnicas periodísticas y aparece la crónica, género con autores notables como Roberto Arlt o José Antonio Osorio Lizarazo, al lado de quienes surge la novela social, con obras como las de Jorge Icaza o Alfredo Pareja, en las que aparecen “cholos baladros, pescadores, aguadores, vendedores de sandías y cocos” (al decir de Ángel Felicísimo Rojas). Puede decirse, además, que para la época nace la ciencia social en sentido estricto: aparece la obra *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1927) de José Carlos Mariátegui, a la que siguen las magníficas realizaciones científicas de Gilberto Freyre, Fernando Ortiz, Sergio Bagú, Silvio Zabala y José Luis Romero. Colombia contará con científicos sociales de la calidad de Luis Eduardo Nieto Arteta o Virginia Gutiérrez de Pineda. Los métodos se especifican y cambia la personalidad —antes deslumbrante— del intelectual: sus ámbitos de acción son la universidad y la vida académica y se forman, por la especialidad creciente, algo así como dos mundos que se complementan: el

de los artistas y el de los científicos. En la ensayística sobresalen nombres como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas, y nacen, por primera vez, editoriales de aliento y calidad continental como Fondo de Cultura Económica, Losada y, más tarde, Monte Ávila.

Bajo el impacto de la Guerra Fría, de la Revolución cubana y de una desmesurada urbanización en los años sesenta y setenta se crearon las condiciones para el penúltimo capítulo de la vida intelectual latinoamericana en el que el continente se acercaba y, a la vez, se alejaba de sus tradiciones. El llamado *boom* literario, hijo de Jorge Luis Borges (el *poeta doctus* y nieto del Modernismo), recorría su camino por los rieles de sus propios presupuestos, exaltados sus productos de imaginación “macondiana”, gracias al exotismo europeo (el primero de ellos fue Miguel Ángel Asturias quien maquinó “profesionalmente” su Premio Nobel). La estela de sus consecuencias es diversa, múltiple y generalmente muy conocida, con su ápice se anuncia una decadencia, no del todo reconocible. Al *boom*, que tuvo su gran crítico, Ángel Rama, siguió un *posboom*, con nombres fulgurantes como Fernando del Paso, Juan José Saer o Ricardo Piglia, y mujeres como Marta Traba y Clarice Lispector.



Domingo Faustino Sarmiento, tomada de clioperu.blogspot.com

Las últimas décadas son de dispersión, confusión y de productos poco alentadores: posmodernismo, posmarxismo y poscolonialismo disputan un escenario enrarecido. Hay una feria “neo” de ideas menores, con saldos de diversos bazares intelectuales. Naturalmente, estas aguas agitadas arrastran también múltiples voces: la de “los condenados de la tierra”. No vale la pena señalar un autor representativo o una obra estimulante, mientras no se consoliden los procesos. A muchos escritores cotizados les basta y les sobra con su cultura de tiras cómicas. Hay un aparato publicitario y de comunicaciones que ejerce una influencia contraproducente. Se pretende informar tanto,

que no se informa nada; se busca, en realidad, desinformar interesadamente, en detrimento de los pocos lazos que nos unen, produciendo con ello una “refeudalización” de la intelectualidad, un nuevo oscurantismo onanista.

Hay escasa conciencia de volver sobre el pasado y recabar las fuentes de una cultura intelectual a medias explorada. Su actualidad está en su desconocimiento. Alguna perogrullada foucaultiana podría advertir en ello una ruptura del texto intelectual. Podría ser cierto, sobre el presupuesto de que cualquier comprensión histórica demanda un esfuerzo cerebral persistente. La universidad latinoamericana ha quedado muy atrás en sus tareas; muchos de sus docentes tratan de desconocer —y de hecho ignoran— esta tradición, en un acto venal de la inteligencia, como una manera de buscar una recompensa inmoral. Borran o desean borrar, consciente o inconscientemente, este legado, como parte de una particularización de su pauperismo académico. Se trata de una burda privatización de la historia en favor de la comodidad, la pereza, el clientelismo y la vanidad universitaria. El abuso y la arrogancia de muchos profesores no pocas veces están fundados en estos rasgos anti-intelectuales. La evasión de lo genérico-universal que representa América Latina alienta la destrucción de nuestras instituciones. En medio de la emergencia de discursos, en las disciplinas

sociales y humanas, de autores como brotados de las bodegas mohosas de editoriales españolas (y muchas latinoamericanas), se enseñan traducciones, títulos y genios que aturden. Mencionar alguno sería atribuirle un mérito que ni la provisionalidad de esta nota suelta soporta.

En una palabra, los intelectuales también han jugado un papel sinuoso, equívoco en América Latina. Han atacado justamente al poder, pero también han pelechado de manera infame bajo su sombra, porque no hay que olvidar, como decía González Prada de los intelectuales de su época, que “eran como murciélagos, a veces aves y a veces ratones”. Es hora de reconstruir con serenidad, con paciencia. No es posible hablar de una reforma universitaria o de una transformación social estructural, sin la comprensión de este entramado histórico-intelectual. “Entre todos”, como decía Alfonso Reyes, “lo haremos todo”.

Juan Guillermo Gómez García es profesor titular y miembro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana —Gelcil— de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia y catedrático en la Universidad Nacional de Colombia — Sede Medellín—.